



El Desván de las Reseñas I

Por Pedro Lacour

Siegmund Ginzberg (2024).

***Síndrome 1933*. Gatopardo.**

En *Síndrome 1933* (Gatopardo), Siegmund Ginzberg propone una lectura alternativa del ascenso de Adolf Hitler al poder y, sobre todo, de las condiciones sociales, culturales y psicológicas que lo hicieron posible. Su argumento central no es histórico en el sentido tradicional —no se trata de un recuento de hechos inéditos ni de una reevaluación empírica del nazismo— sino epistemológico: la verdadera catástrofe antecede a 1933 y reside en la incapacidad colectiva de reconocer los síntomas de un proceso que ya estaba en marcha. A esa ceguera histórica, producto tanto de la apatía como de la confianza en la estabilidad institucional, Ginzberg la denomina *síndrome 1933*.

El libro comienza con una escena conocida pero narrada con un desplazamiento conceptual clave: el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933 no fue el resultado de una toma del poder, sino de una coalición pactada con las élites conservadoras, empresariales y mediáticas de la República de Weimar. “Hasta la víspera, es más, hasta minutos antes, nadie habría apostado a que el anciano presidente iba a nombrar canciller a Adolf Hitler”, escribe el autor. La alianza fue resultado de negociaciones frenéticas, vetos cruzados y promesas tácticas, más que de un triunfo revolucionario. De hecho, uno de los protagonistas, Alfred Hugenberg, líder de los nacional-populares y dueño de buena parte de la prensa, terminaría admitiendo

retrospectivamente: *“Cometí la mayor estupidez de mi vida: me alié con el peor demagogo de la historia”*. Ginzberg sugiere que esta frase condensa la ilusión de control que atraviesa a la élite dirigente: creer que Hitler era útil antes de volverse inevitable.

El libro desarticula la noción de que el nazismo fue una anomalía irracional que irrumpió desde afuera del sistema político y la reemplaza por una idea más inquietante: fue la consecuencia extrema, pero no ilógica, de tensiones previas dentro de la sociedad alemana. Una de las hipótesis más potentes aparece sintetizada en una afirmación que recorre las páginas: *“La maldición de los populistas es cumplir las promesas, aun las más atroces”*. Ginzberg insiste en que el horror no llegó como traición al electorado, sino como cumplimiento de un programa ampliamente anunciado y legitimado democráticamente. El exterminio, en este sentido, debe leerse como política pública y no como desviación criminal.

Ese marco permite resignificar la recepción social del nazismo. Ginzberg muestra cómo sectores obreros celebraron medidas inicialmente presentadas como de orden urbano y alivio habitacional, aún cuando implicaban la expulsión de judíos y minorías: *“reinan el entusiasmo y la satisfacción popular, incluso entre la clase trabajadora, aunque solo sea porque la retirada de los judíos alivia la escasez de viviendas”*, cita de una novela premonitoria analizada en el libro. Más que un régimen impuesto desde arriba, habría habido una intersección compleja entre resentimiento popular, oportunismo político y cálculo económico.

Uno de los aportes más originales del libro es la recuperación de figuras que anticiparon, en clave literaria o ensayística, las características centrales del régimen nazi mucho antes de su consolidación. Ginzberg dedica varias páginas a Hugo Bettauer, autor de *La ciudad sin judíos* (1922), novela en la que una sociedad expulsa a su población judía como solución a los males económicos. Bettauer terminó asesinado por un militante nazi; el autor subraya que *“pagó caras sus profecías”*. Más sorprendente aún es el caso del jurista Siegfried Lichtenstaedter, quien entre 1901 y 1903 publicó *El nuevo imperio universal*, obra que, según Ginzberg, anticipó con asombrosa precisión políticas futuras: deportaciones masivas mediante trenes nocturnos, confiscación de bienes y un acompañamiento festivo de sectores populares. En una de sus historias, señala el autor, *“se trata de una profecía exacta, que acierta en cada detalle (incluidas cuestiones*

normativas y legislativas)”, a excepción del final: un “happy ending” incompatible con la historia real.

Estas figuras le sirven a Ginzberg para cuestionar la idea de que nadie vio venir la catástrofe. Por el contrario, “*fueron muchos los que no prestaron demasiada atención a lo que estaba ocurriendo*”. No fue falta de advertencias, sino incapacidad de leerlas como síntomas. Aquí el libro introduce una dimensión crucial: la disputa por la interpretación del presente. Mientras sectores de izquierda y socialdemocracia restaban importancia al ascenso nazi —“Hitler no es Mussolini, Alemania no es Italia”, “durará poco”— las élites conservadoras buscaban instrumentalizarlo, creyendo que podrían usarlo como muro de contención contra el comunismo. El resultado fue un autoengaño colectivo: cada actor creyó poder aprovechar el ascenso de Hitler en beneficio propio, sin calibrar el riesgo sistémico.

El estilo de Ginzberg, híbrido entre ensayo histórico, crónica intelectual y reconstrucción política, refuerza la tesis sin didactismo. El autor no se limita a señalar errores retrospectivos; busca entender la lógica contemporánea de los hechos. Así, rescata una advertencia temprana del general Erich Ludendorff, quien el mismo día del nombramiento de Hitler escribió al presidente Hindenburg: “*Este hombre endiablado conducirá al Reich al abismo y causará un sufrimiento inenarrable a nuestra nación. Las generaciones futuras lo maldecirán en la tumba por sus actos*”. La cita funciona como contrapunto de las subestimaciones predominantes, y su inclusión subraya que incluso advertencias explícitas podían ser descartadas como excesos alarmistas.

Síndrome 1933 no establece analogías explícitas con procesos contemporáneos: no usa la historia como alegoría de la actualidad ni fuerza paralelismos anacrónicos. Sin embargo, su lectura invita inevitablemente a pensar el presente. ¿Cómo distinguir entre exageración retórica y anticipación lúcida? ¿Qué actores políticos creen hoy que pueden “administrar” movimientos extremistas para su propio beneficio? ¿Cuándo una sociedad deja de ser espectadora para pasar a ser partícipe? Ginzberg evita responder esas preguntas, pero las instala como preguntas abiertas.

En última instancia, el libro no busca explicar cómo surgió el nazismo, sino *por qué no fue visto como una amenaza hasta que fue demasiado tarde*. La advertencia no

apunta a 1933 como fecha, sino al *síndrome* como condición recurrente: la ilusión de que la historia es estable hasta el instante previo a su ruptura. Si el libro resulta necesario hoy no es por analogía, sino por método: enseña a leer los signos antes de que la cronología los vuelva inevitables.